

## **Mamen.**

¡Por fin! Llevo esperando este día desde hace un mes. Desde que mis hermanas dijeron que no vendrían esta semana al apartamento de mi madre. Y es que desde que no estoy con Marcos, estar más de cuatro días con la niña, sola, se me hace un mundo. Pero aquí, al menos, estoy acompañada por mi madre, que además me entiende perfectamente ya que pasó por lo mismo que estoy pasando yo. Su marido también la dejó por otra. La diferencia es que a ella la dejaron cuando nosotras ya éramos mayores y, en mi caso, me ha pillado embarazada del segundo.

Pero, da igual, presiento que va a ser una buena semana. Playita y comilonas con mi madre y lectura nocturna mientras todos duermen, y la niña, entretenida jugando con la arena, comiendo helados y viendo la tele hasta tarde.

El viaje de casi una hora no se ha hecho nada pesado, Lucía ya se porta bastante bien en el coche y se entretiene mirando por la ventanilla. Ya han pasado esos días en los que era una lucha constante. Tan solo ponerle el cinturón de seguridad ya era una odisea que podía durar más de cinco minutos y, como siguiese torcida, ese llanto que había empezado con el cinturón, podía durar todo el camino. Con suerte se dormiría a mitad del trayecto, aburrida de llorar a pleno pulmón, pero no era lo normal. En comparación, ahora era maravilloso. Aunque sé que lo volveré a vivir en cuanto llegue mi segundo hijo, Sergio.

Mi madre me había dicho esta mañana que ya lo tenía todo preparado. Las camas en la habitación del fondo estaban hechas y la cena ya estaba lista para que pudiésemos bajar a la playa un rato en cuanto tuviéramos la ropa de las maletas metida en el armario. Y que no me olvidase de que una tarde teníamos que ir a ver a mis tíos de Madrid. Al parecer estaban viviendo en su apartamento de la playa, a tan solo dos manzanas de este, hasta que arreglasen su piso de Madrid después del incendio.

Pero fue entrar a la casa y mi hija de repente se puso a llorar como loca mientras abrazaba a su abuela apuntando al fondo del pasillo con el dedo índice de su manita derecha.

## **Lucía.**

¡¡¡Por fin!!! Había llegado el día en el que íbamos a casa de la abuela en la playa. Llevo más de un mes preguntando, diariamente, cuánto faltaba.

Me senté en el coche, me puse el cinturón en tiempo récord y estuve callada todo el camino. No quería que mamá se enfadase y no fuéramos a casa de la abuela. Desde que papá nos dejó mamá está muy triste... no juega casi conmigo, siempre está cansada y esa barriga que solo hace que crecer no ayuda. Solo nos faltaba uno más

en la familia, como si no tuviésemos suficiente con lo que ya tenemos en casa.

Pero bueno, hoy mamá parece estar muy contenta y no quiero ser yo la que lo fastidie, así que me puse a mirar por la ventana a ver si reconocía algo del camino que me dijese que estábamos un poco más cerca. Estoy empezando a leer en el cole, así que me entretengo mucho leyendo los carteles y todo lo que va escrito en los camiones. En cuanto leí el que ponía dirección playa ya sabía que tan solo quedaban unos minutos y aparcar para estar con la abuela.

Llegamos al apartamento y aparcamos justo en la puerta, no podíamos haber tenido más suerte. Bajé del coche con una sonrisa de oreja a oreja y subí las escaleras del edificio de la abuela de dos en dos.

La abuela abrió la puerta y lo primero que hice fue pegarle un abrazo bien fuerte, pero, al segundo, vi algo que me heló la sangre. No podía hablar. Se me hizo un nudo en el estómago. Y de repente me puse a llorar como loca mientras señalaba detrás de mi abuela a lo que me estaba creando ese malestar.

### **Mamen.**

¿Un cuadro? ¿De verdad un cuadro le había creado tanto miedo? Porque era pavor lo que sentía la niña. Nunca le había visto esa cara. Decía que ese abuelo le daba miedo y que por favor lo tapásemos. Todo eso mientras gritaba y lloraba con la cara desencajada.

Le pregunté a mi madre si podíamos quedarnos en la habitación que estaba nada más entrar a casa, pero decía que ella ya había preparado la otra y no iba a ponerse a cambiarlo todo, y que, además, mi hermana vendría la semana que viene y siempre se quedaba en esa.

Entonces le pedí que quitase el cuadro durante una semana, tan solo el tiempo que íbamos a estar nosotras allí. Pero mi madre no se bajaba del burro, no le gustaba ninguna de las opciones que le proponía.

Al final, después de discutir durante un rato, diciéndole que si no veía cómo estaba su nieta y que alguna cosa podríamos hacer, Paula dejó de gritar y entre sollozos dijo “¿Abuela podemos al menos cubrirlo con un pañuelo?”. Y, gracias a Dios, a eso, sí que accedió mi madre. A ver si mi semana de relax no se trunca por culpa de un cuadro.

## **Lucía.**

Ostras, era el cuadro más horrible que había visto nunca. No sabía que un cuadro podría crearme esta sensación. No podía hablar, solo llorar y gritar que lo quitasen de la pared. Pero a mi abuela no le parecía bien ninguna de las cosas que le proponía mi madre. Es una cabezota, tampoco le estamos pidiendo tanto.

Y os preguntaréis que saldría en ese cuadro que me daba tanto miedo. Era un abuelo vestido de monje con una mirada que penetraba, de mala persona. Tenía las ojeras marcadas y parecía que estaba apretando la mandíbula. Me lo imaginaba de pie, enfrente de mí, cogiéndome por los hombros con esas manos arrugadas por el tiempo pero llenas de fuerza y acercándose hacia él diciéndome mientras me huele que me va a matar porque era impura. El hombre de ese cuadro me mira igual que el padre Manuel, el cura de mi cole, que desde que se enteró de que no estaba bautizada me mira como si no debiese estar allí. Encima el cuadro era muy oscuro, fondo negro y sotana negra. Era la cosa más siniestra que había visto en mi corta vida.

## **Mamen.**

He dormido del tirón. Después de lo de ayer hemos cogido todas la cama con gusto. Ninguna dijo de quedarse a ver la tele y yo no tuve ganas de leer. Me fui a la habitación con Lucía y me acosté a la vez que ella para que se sintiese acompañada con la esperanza de que hoy, con el cuadro tapado, fuese todo mucho mejor. No me he enterado ni de que mi madre se había levantado. De hecho cuando me levanté ella ya había regado la terraza y tenía la comida hecha.

Cuando le estaba dando los buenos días a mi madre con un beso me pareció escuchar un ruido y pensé que Lucía se habría despertado. Así que volví a la habitación tapando el cuadro de camino con el pañuelo que estaba en el suelo, no quería que volviésemos a pasar por lo de ayer.

Al llegar a la habitación Lucía estaba sentada en la cama con los ojos vidriosos por las lágrimas. Yo no entendía nada. No la había escuchado en toda la noche, aunque también es verdad que con lo cansada que estaba podría haber caído una bomba a mi lado y no me hubiese enterado de nada.

Me acerqué a ella para abrazarla y preguntarle qué le pasaba y ahí fue cuando me di cuenta de porqué estaba tan quieta y con esas lágrimas a punto de caer.

Había un cerco amarillento alrededor de donde estaba sentada y había un olor extraño en la habitación del cual no me había percatado antes.

Toqué el colchón con la mano al acercarme para preguntarle qué le pasaba y, para mi sorpresa, estaba ya seco.

Le pregunté si había soñado que estaba en el baño y por eso se había hecho pipi a lo que me contestó moviendo la cabeza de lado a lado.

Entonces le pregunté qué le había pasado, por qué no había ido al baño como solía hacer en casa a mitad de noche y me contestó una cosa que no me esperaba para nada.

### **Lucía.**

Me desperté a mitad de noche como me pasaba siempre.

Bebo mucha agua para cenar, ya me lo recuerda mi madre todas las noches. Pero no lo puedo evitar, hace tanta calor y está tan fresquita que entra sola. El problema es ese.

Ayer me dormí tan rápido que no recuerdo hacerle preguntas a mi madre hasta que ella, después de contarle todo lo que me había pasado durante el día y preguntarle todo lo que haríamos al día siguiente, me dijese que me callase como pasaba en casa. Así que cuando me descuidé me había dormido, aunque tampoco me extraña, estaba muerta de tanto llorar y de los nervios que había pasado durante todo el día por el viaje a la casa de la playa de la abuela.

Lo extraño fue que, aún habiendo caído rendida, a mitad de noche me desperté con unas ganas tremendas de hacer pis. Casi no me podía aguantar. Es raro que no estuviese soñando que estaba en un baño, un sueño muy realista que en varias ocasiones me había hecho casi hacerme pis en la cama. Pero entonces me di cuenta de que no me había despertado solo por las ganas de hacer pis, sino porque se escuchaba un sollozo, como si alguien estuviera llorando mientras susurraba muy bajito algo. No se entendía lo que decía. Era la voz de un hombre. Me acerqué a la puerta y puse mi oreja lo más cerca posible de ella mientras aguantaba la respiración para que nadie supiese que estaba allí, pero no conseguí entender nada.

Entonces decidí mirar a través de la rendija que quedaba entre el suelo y la puerta y tan solo pude ver que el pañuelo estaba en el suelo. Sería el abuelo del cuadro? Una vez en una película decían que habían pintado un retrato con la sangre de un asesino y que por las noches se escuchaban ruidos raros, y luego descubrieron que detrás de la pared a la altura del cuadro estaba esa persona enterrada.

Me entró tal miedo, que me quedé otra vez petrificada. Me costaba respirar de nuevo pero tenía que llegar a la cama. Tenía que tumbarme y hacerme la dormida porque si realmente había alguien fuera y abría la puerta, tenía que creer que yo estaba durmiendo, y, a lo mejor de esa manera, se iría y todo se quedaría en un susto.

Conseguí quedarme en la cama, quieta, mi barriga casi no se movía por la respiración pero no pude más... se me escapó el pis... y así pasé la noche, sobre el pis, sin moverme un milímetro, hasta que se secó.

Por la mañana cuando mi madre vino a despertarme me daba tanta vergüenza haberme meado y tenía tanto miedo de que si le contaba lo que había pasado no me creyera y me castigara, que le dije lo primero que me pasó por la cabeza.

### **Mamen.**

No me lo podía creer. Que se había enfadado tanto porque su abuela no la quería cambiar de habitación que se había meado adrede en la cama para que así la tuviese que cambiar. Lo que ella no sabía al hacerlo es que su abuela, aparte de a ella, había tenido a otros tantos nietos más, y que sus camas ya iban cubiertas de protector. Por lo que, su pis, tan solo había acarreado un cambio de sábanas y una lavadora rápida. Hablando más tarde con mi madre, me dijo algo que me hizo pensar. ¿No estaría celosa por la llegada del nuevo hermanito y que tan solo estuviese intentando llamar mi atención por miedo a que cuando naciese Sergio ella quedase en un segundo plano y no le hiciese caso como ya había hecho su padre con nosotras?

Al menos el resto del día transcurrió como yo esperaba que fueran unas vacaciones en la playa. Muchas horas bajo el sol, castillos de infinitas formas y helados ganadores de premios que te hacen relamerte hasta la última gota que te ha quedado en la mano. A ver si la noche es igual.

### **Lucía.**

Creo que ha colado. Fue lo primero que se me ocurrió pero la verdad es que, pensándolo luego, parecía bastante creíble. Lo único malo es que la cama tenía protector de colchón y no me cambiaron de habitación como esperaba después de soltar mi mentira.

Escuché decir a mi abuela que lo que pasaba es que tenía celos de mi futuro hermano y le decía a mi madre que si no lo frenaba ya iría peor con su llegada, pero la verdad es que no me importó mucho que dijese eso porque en una semana estaríamos de vuelta en casa y ya no habría abuelo que me atormentara.

Además el resto del día fue genial, estuvimos en la playa y comimos un helado, de la abuela lo llamaban, de vainilla con chocolate y trocitos de galleta con el que creo que voy a soñar esta noche.

Y el abuelo sigue tapado.

### **Mamen.**

Nuevo día. Lo presiento. Hoy, el día, va a ir mejor que ayer. Dormir aquí es una maravilla. Con la brisa que entra por la ventana no pasamos nada de calor y conseguimos dormir como hacía tiempo que no hacíamos.

Me levanto con una sonrisa y me acerco a la cama de Lucía y le doy un beso mientras digo su nombre bajito para despertarla. Lo tengo todo pensado. Hoy podemos ir al mercado a comprarnos unos bikinis y por la tarde podemos acercarnos a una tienda de libros de segunda mano que he descubierto en internet. Pero, ¿qué estoy pisando? Hay algo pegajoso en el suelo. Eso me pasa por ir descalza por casa, mi marido siempre me lo decía.

No recuerdo que Lucía se fuese con comida a la cama. A lo mejor se despertó a mitad noche y se trajo algo de comer de la cocina. Tal vez es un poco de leche que se le derramó de un vaso.

Cojo mi móvil y enciendo la linterna y al apuntar con ella hacia el suelo me doy cuenta de lo que es.

### **Lucía.**

Esta vez no bebí casi nada de agua durante la cena. Tan solo unos tragos cuando un trozo de carne un poco seco y rebelde se quedó en medio de mi garganta y no iba ni para arriba ni para abajo. Pero al final de la comida había conseguido beberme tan solo medio vaso, cuando de normal me bebo mínimo dos, con la esperanza de no levantarme durante toda la noche.

Pero a mitad noche mis ojos volvieron a abrirse. Y no era porque mi vejiga necesitase vaciarse, sino porque ahí estaba otra vez ese llanto. Ese susurro callado por los ronquidos de mi abuela. Esos ronquidos que conseguían que mi madre

embarazada, y después de meses sin dormir, durmiese como el bebe que llevaba dentro de ella desde que estábamos aquí. Esa madre que no se daba cuenta del temor que ahora mismo estaba sufriendo su hija.

Esta noche no me levanté. Me quedé en la cama intentando pensar en algo que me evadiera de ese miedo. Intentando pensar que estaba en otro sitio. Apretando los ojos hasta que dolían y tapándome las orejas para intentar oír tan solo los ronquidos.

Pero era imposible. Mi cerebro separaba los ronquidos de esa voz susurrante que lloraba a algo, o a alguien. Hasta me pareció escuchar unas pisadas. Me puse tan nerviosa que empecé a arañarme la parte interna del antebrazo izquierdo con las uñas de mi mano derecha. El dolor parecía que era lo único que hacía dejar de pensar en ese hombre, el abuelo del cuadro.

Y sin darme cuenta, me quedé dormida.

### **Mamen.**

Pues parece ser que el mercado y los bikinis van a tener que esperar a otro momento. Yo no sé si esto también será por los celos de los que hablaba ayer mi madre, pero me parece demasiado grave como para no llevarla a que la vea el pediatra.

El único problema es que es domingo y las clínicas están cerradas hasta mañana, y por supuesto que esto no puede esperar hasta mañana. Así que me quito el pijama y me pongo lo que llevaba ayer para no perder más tiempo pensando en qué ponerme que sea lo suficientemente decente para un doctor. Con Lucía no puedo hacer lo mismo porque su camiseta tiene un número incontable de manchas del helado de ayer, pero le pongo lo primero que encuentro en el montón del armario.

Menos mal que el hospital más cercano está a tan solo media hora del apartamento de mi madre, porque, aún así, se me hizo eterno. Además, al llegar tuvimos suerte porque al ser una niña y verle como llevaba el brazo, nos cogieron enseguida.

Tardamos una hora en salir de allí. Le hicieron analíticas de sangre y orina, le curaron las heridas y le hicieron preguntas.

Según dijo la pediatra de guardia, los cortes no eran muy profundos al habérselos hecho con sus propias uñas, pero no era normal. No se los había hecho como un juego. Le había realizado un test y varias preguntas que le indicaban que algo no

iba bien. Tenía miedo. A mí me ha contado algo en el coche de camino al hospital. Que se despertaba a mitad de noche y que escuchaba a un hombre sollozando algo que no llegaba a entender porque lo decía muy bajito. Tan bajito que al parecer nadie más lo había escuchado. Era lo mismo que le había contado a la pediatra. No sé qué pensar. Yo creo que lo que escucha son los ronquidos de mi madre pero, como los niños tienen esa imaginación infinita, ella se imagina que es el abuelo del cuadro. Nos recetó que curásemos bien las heridas con cristalmina y las dejásemos al aire para que cicatricen antes, y que en dos días le empezase a poner aceite de rosa mosqueta y crema solar para bajar a la playa para que no se le quedasen marcas. Y cuando nos íbamos a casa nos dijo que sí que parecía estar sufriendo, así que, si se podía, nos aconsejaba que la cambiásemos de habitación y nos recetó una especie de relajante natural que no la iba a dejar atontada, pero que le ayudaría a descansar toda la noche.

### **Lucía.**

Creía que la mañana de ayer, cuando tuve que mentir a mi madre a la cara con lo del pis en la cama, había sido la peor de mi vida. Pero esta la supera con creces. Nunca había mentido con algo tan grave a mi madre, por eso hoy le intenté contar la verdad. Cómo me desperté el primer día. Los ruidos que escucho, la voz del hombre llorando mientras susurra algo que no entiendo por los ronquidos de la abuela. El porqué hice eso la primera noche y porqué hice esto esta. El miedo que estoy pasando y que quiero volver a casa. Solas, ella y yo, sin cuadro y sin voces. Pero puedo ver en la cara de mi madre, en sus ojos cuando me mira fijamente, casi sin pestañear, que no me cree. No sé cómo hacer que me crea. Me ha llevado al hospital y le he contado lo mismo a la doctora pero lo único que he conseguido es que me de unas pastillas para dormir.

### **Mamen.**

Intento tenerla entretenida por la tarde, nos hemos quedado sin mercado pero eso no quiere decir que también nos quedemos sin libros. A lo mejor eso la ayuda a tener la mente entretenida.

Mi madre se queda recibiendo a mis tíos que van a venir a merendar. Me ha pedido que nos quedáramos porque quedaba feo que viniesen a casa a vernos y no estuviéramos. Pero yo creo que una tarde de chicas nos vendrá bien a las dos, así que dejo a mi madre en casa y pasamos la tarde entera perdidas por los pasillos, e incluso consigo sacarle alguna sonrisa.

Al llegar, mientras Lucía se prepara para ir a la cama, mi madre me cuenta que ha visto muy raro a mi tío. Al parecer había hecho muchas preguntas sobre el cuadro. Estaba muy interesado en él, siempre que se lo encontraba lo nombraba en alguna conversación. Al fin y al cabo salía su padre en él, por lo que no le dió mucha importancia. Mi tía, por el contrario, estaba muy preocupada porque mi tío no sabía nadar y ahora que estaban en la playa lo veía como algo necesario y primordial y no dejaba de repetírselo a él y de decirle a mi madre que también se lo dijera.

Yo la escuché sin prestarle mucha atención. Había otra cosa que me importaba más. Hoy dormiremos en la otra habitación, al lado de la puerta de entrada, lejos del cuadro. Le doy las gotas que me ha recomendado la doctora y nos acostamos. A ver qué nos depara esta noche.

### **Lucía.**

Mi madre me lleva a una tienda de libros de segunda mano y pasamos allí toda la tarde. Fuerzo alguna sonrisa de vez en cuando para ver si desaparece un poco la preocupación de su cara y me tomo las gotas sin poner impedimento. A lo mejor sí que es verdad que me ayuda a pasar la noche sin despertarme. Sería maravilloso. Al menos he conseguido que cambiemos de habitación.

### **Mamen.**

Abro los ojos y lo primero que hago es mirar su cama. Está deshecha, pero ella no está en ella. Estará con su abuela. Se habrá despertado, y como su abuela se despierta con los pajaritos, se habrá ido a desayunar con ella o la habrá pillado yendo al baño y su abuela le habrá pedido que le ayude con algo.

Me acerco a la cocina y allí está mi madre haciendo las lentejas para comer. Le pregunto por Lucía y me dice que está durmiendo.

Le digo que en su cama no está y me pongo a recorrer la casa habitación por habitación buscándola... no está en ningún sitio.

Mi madre me dice que la llame al móvil pero mi hija no tiene de eso, ¡si tan solo tiene 6 años!

Su pijama no está. Se me está empezando a nublar la vista. Me cuesta respirar. Lucía nunca ha hecho nada parecido. Salir a la calle sin decir nada a nadie. ¿Cómo no nos hemos dado cuenta?

### **Lucía.**

Me despierto creyendo que ya es por la mañana. Parece que he dormido mil horas pero a la vez me noto pesada. Vuelvo a escuchar esa voz. No puede ser. Me voy a

volver loca. Consigo levantarme y me acerco a la puerta tambaleándome. La entreabro un poco y miro por la rendija y entonces, se me para el corazón.

No era cosa mía, no era el abuelo del cuadro. Es un abuelo en persona, arrodillado delante del cuadro, mirándolo, con las manos en el pecho sujetando el pañuelo que lo tapaba, diciendo algo entre sollozos que sigo sin poder descifrar. Sin darme cuenta he dado un paso hacia delante para poder escucharlo, y, al hacerlo he golpeado ligeramente el marco de la puerta con mi rodilla izquierda. Ligeramente, pero lo suficiente para que deje de hablar de repente y se gire hacia el ruido. Y ahí estoy yo, frente a él, congelada.

Se acerca a mí con una velocidad que no me espero para un hombre de su edad y de repente siento un fuerte golpe en la cabeza.

### **Mamen.**

Suena el teléfono y lo cojo mientras digo su nombre. No es ella. Es mi tía Carmen que vive a tan solo una manzana de aquí. Está muy agitada y habla a trompicones. Al final consigo que se tranquilice y me cuenta que mi tío no está en casa y no contesta el teléfono, que no se ha tomado la medicación y que estaba muy preocupada porque llevaba unos días actuando un poco raro. Dice que estaba muy nervioso y a veces lo encontraba susurrando como hablando con alguien pero que, cuando ella aparecía en la habitación, él se callaba y actuaba normal. Pero ella sabía que pasaba algo, justo desde hacía un mes, cuando pasó lo del incendio en su casa de la capital en el que lo habían perdido todo y que les había hecho venirse a la playa a vivir. Entonces empezó todo. Se encerraba en la habitación por horas, hablaba mucho menos de lo normal y, a veces, lo pillaba saliendo por la puerta a dar “un paseo nocturno para despejarse”. Pero que nunca se había ido de casa sin avisar y sin contestar al teléfono. Que tenía la sensación de que le había pasado algo. A lo mejor alguien lo había atacado en una de sus caminatas.

### **Lucía.**

Me despierto y estoy tumbada a oscuras, atada, no me puedo mover. Me duele mucho la cabeza y, aunque no me la puedo tocar, sé que estoy sangrando. De repente se escucha el motor de un coche. Espera, estoy en un maletero. Cojo aire para empezar a gritar con la esperanza de que alguien me escuche y me ayude a salir de aquí, pero un atisbo de lucidez me dice que debo callarme, no vaya a ser que el hombre me vuelva a atacar. Escucho al hombre hablando, ahora ya no susurra, ahora grita. Parece que está hablando con alguien pero no consigo escuchar ninguna otra voz u otra persona que le conteste.

Dice que por qué habíamos tenido que aparecer. Que ir a la casa de su prima a ver ese cuadro era lo único que le quedaba de su padre. Que lo había perdido todo de él en ese incendio y solo le quedaba ese retrato que pintó su tío de su padre cuando se metió a monje antes de dejarlos a él y a su madre para entrar en el monasterio. Al parecer había intentado pedirselo a su prima pero ella creía que si se lo daba, su primo se lo daría a su exmarido porque este le tenía mucho cariño al ser el primer retrato que había pintado y encima de su hermano. De hecho llevaba muchos años pidiéndoselo. Y solo por fastidiar a su exmarido, mi madre, no se lo había querido dar. Decía que eso le había hecho llegar a ese extremo. A entrar a hurtadillas en esa casa. Y es que llevaba un mes haciéndolo, y su prima entre ronquidos no se había enterado de nada. Que yo lo había cambiado todo. Ahora no había vuelta atrás. Cómo iba a explicar que entraba en la casa sin permiso mientras el resto dormían, que se había llevado a una niña en mitad de la noche y que encima esa niña estaba sangrando. Nadie lo iba a entender, nadie lo iba a creer. Solo tenía una opción.

Y escucho un portazo y, de repente, silencio. Estoy sola. Y pasa lo que parecen días. No tengo fuerzas ni para moverme. La cabeza me va a estallar, tengo hambre y necesito ir al baño. Pero sigo sola.

Me estoy mareando, tengo mucha sed. Y entre tanto silencio. Oscuridad absoluta.

### **Mamen.**

A la mañana siguiente. Después de 24 horas sin saber nada de ellos y de buscarlos por todos lados recibimos una llamada de la policía a las 9 de la mañana. Preguntan por mi tía, que estaba quedándose con nosotros porque estaba muy nerviosa y no quería estar sola, ya que habían pasado por su casa y no la habían encontrado.

Le dijeron que unas personas habían encontrado a mi tío ahogado en la playa sin signos de violencia y que querían hablar conmigo también.

Me dijeron que no había rastro de Lucía pero que estaban buscando por las cámaras el vehículo de mi tío por si hubiese podido llevarla a algún sitio.

Esa misma tarde, sobre las 7 me llamaron para que me acercara al hospital. Habían encontrado el coche de mi tío aparcado cerca del espigón, a kilómetro y medio de casa de mi madre. Al forzarlo encontraron en el maletero a Lucía sin sentido, se había desmayado por el calor y la deshidratación, con la cabeza llena de sangre, orinada y defecada.

Dejé todo y corrí al hospital. Al llegar allí Lucía estaba en la cama con ojos llorosos, la cabeza vendada y con el brazo derecho lleno de sondas. Se encontraba acompañada de la policía. Cogí su cara entre mis manos y la miré a los ojos. Luego eché un vistazo a su cuerpo. Su cuerpo que llevaba un pijama de hospital de dibujitos. Tenía mil preguntas. Pero las preguntas podían esperar. Así que hice lo que tenía que haber hecho desde el primer momento. La abracé con fuerza y entre lágrimas, tan solo pude decir “lo siento, nunca más volveré a ponerte en duda”.